

Reservas marinas

¿Está reservado el futuro?

La experiencia neozelandesa parece indicar que las reservas marinas pueden ser una solución proactiva a la crisis de los océanos mundiales.

Las reservas marinas son probablemente el medio más proactivo de contrarrestar la presente crisis que padecen los océanos. El 90% del territorio de un hipotético hemisferio centrado en Nueva Zelanda sería océano. Allí los ecosistemas marinos están aislados de la civilización. Por este motivo deberían estar menos afectados por la explotación y la contaminación que los de muchos otros países. De este modo, Nueva Zelanda resulta ser un caso ideal para probar la eficacia de reservas marinas.

Conforme a la Ley de Reservas Marinas de Nueva Zelanda, este tipo de reservas tiene principalmente una finalidad científica. Dadas las amenazas de origen natural y humano que se ciernen sobre los océanos, la necesidad de aumentar su comprensión científica se hace evidente.

Mientras que el peor El Niño desde 1983 invierte completamente las pautas climáticas habituales en el Pacífico Sur, las aguas neozelandesas están siendo golpeadas con un rigor inaudito por espectaculares mortandades de mamíferos marinos, pingüinos, peces y aves marinas, explosiones de algas tóxicas y mareas rojas. Estos impactos amenazan las pesquerías, la economía y la equidad. También nos demuestran hasta qué punto es limitado nuestro conocimiento de la compleja dinámica de los ecosistemas marinos y las especies que en ellos viven.

En las islas subantárticas Auckland, más de 1300 crías de leones marinos de Hooker, una especie en peligro de extinción, perecieron por motivos que los científicos aún no han podido descifrar. Con una población inferior a los 15.000 individuos, los leones marinos de Hooker son los más raros y aislados del mundo. Hace poco tiempo, campañas ecologistas denunciaron que el número de adultos que regularmente se ahogan en las redes en las pesquerías de calamar llevaría esta especie a la extinción. Como consecuencia de ello, el Ministerio de Pesca estableció una cuota

de ejemplares muertos por encima de la cual las pesquerías deberían cerrarse.

Esta cuota, al igual que la evaluación de una población, es una estimación de la mortalidad sostenible derivada de parámetros biológicos y de la cantidad de ejemplares muertos en los barcos que los observadores del Ministerio de Pesquerías extrapolaron al conjunto de la flota. Si bien el año pasado se sobrepasaron las 100 hembras, cifra mucho mayor que la cuota acordada, el ministerio solamente cerró la pesquería tras un gran esfuerzo de presión pública. Se ha estimado que antes del inicio de la temporada de pesca de este año, la misteriosa enfermedad mencionada anteriormente había ya provocado la muerte de más de 100 adultos reproductores. Las consecuencias de un impacto humano adicional podrían ser graves.

En tierra firme, tras detectar varios casos de irritaciones respiratorias agudas en personas, las autoridades han aconsejado a la población que se mantenga alejada de dos playas, habitualmente muy concurridas. En otro brote, en Wellington, un científico marino de la universidad detectó que toda la vida marina en el puerto había sido exterminada, y afirmó que para que la toxina involucrada se dispersara, la ciudad debía esperar a que se produjera un cambio atmosférico. Tras el seguimiento de los brotes tóxicos, a lo largo de la costa se han sucedido numerosos cierres de playas, piscifactoría y áreas de marisqueo. En playas del norte se han producido intensas mareas rojas. Desde la crisis sin precedentes de los años 1992-1993, no se tenía conocimiento de desastres naturales hasta tal punto generalizados e intensos. Como mínimo, esta situación plantea interrogantes sobre cuánto sabemos en realidad sobre la dinámica de los ecosistemas marinos.

Sucesos insólitos

Los múltiples incidentes, normalmente muy poco frecuentes, de este verano se han producido en masas de agua muy dispares. Estas masas difieren por eventos tales como la

Convergencia del Sur. Por este motivo, las causas de estos incidentes deben buscarse en factores que abarquen un área más amplia.

En general, los peligros de contaminación y sobreexplotación de los océanos no cesan de crecer. Si se pudiera eliminar la acción de éstos dos factores en ecosistemas específicos y representativos, permitiendo que éstos puedan recuperar su previo estado natural, y se estudiaran en calidad de grupos control, podríamos mejorar nuestro conocimiento sobre la dinámica de los ecosistemas marinos.

Estas zonas de reserva marina son una pequeña pero vital contribución a la protección del mar. Los ecosistemas marinos son complejos y diversos y, debido en gran parte a las dificultades que su propio medio fluido implica para su estudio, nuestro conocimiento sobre ellos es, en comparación con los ecosistemas terrestres, mucho menor. Los científicos utilizan generalmente grupos control para eliminar los efectos de un número lo mayor posible de variables. Las reservas marinas son adecuadas para este propósito.

Al impedir la extracción de peces, algas marinas, moluscos y otros organismos vivos, se considera que las reservas marinas recuperan su estado natural. De esta forma se favorece tanto la regeneración de las poblaciones de peces como su comprensión. El valor de las reservas marinas no se limita al ámbito científico sino que tiene también un carácter social. En efecto, las reservas son beneficiosas

para la educación, el recreo, la comprensión de los principios en que debe fundamentarse la gestión, la conservación y como fuente de placer para los entusiastas de la naturaleza. De este modo, en las áreas de reserva más antiguas, la espectacularidad del volumen y la diversidad de peces que tanto fascinaron a los primeros exploradores europeos de Nueva Zelanda, pueden ser admiradas de nuevo. Por otra parte, las áreas más recientes dan ya señales del restablecimiento de este estado. Con los "excedentes" de población y la creciente exportación de larva de poblaciones de especies en expansión, los beneficios prácticos van más allá de las áreas designadas y de aquellos que dependen directamente de ellas. Muchas especies y sus huevos y larvas no saben de limitaciones geográficas sino que, como indica el volumen de captura en las nasas de pescadores de langosta en las aguas colindantes a algunas reservas, se distribuyen ampliamente y benefician económicamente tanto a estos pescadores como a otras partes afectadas.

En la actualidad existen 14 reservas de este tipo esparcidas alrededor de Nueva Zelanda: Cape Rodney-Okakari Point (la Reserva Marina Leigh y la primera que fue creada), las Islas Kermadec (la reserva marina más extensa del mundo), las Islas Poor Knight, Whanganui A Hei, Tuhua (la Isla Mayor), Kapiti Island, Long Island, Kokomahua, Tonga Island, Piopiotahi (Mildford Sound), el Canal Te Awaatu (The Gut). Estas dos últimas están ambas en Fiordland y fueron creadas a instancias de la Federación de Pescadores Comerciales.

También tenemos la reserva de Westhaven (Te Tai Tapu) y, las más recientes, la de Pollen Island y Long Bay, que fueron establecidas de acuerdo con la Ley de Reservas Marinas. Existen también dos Parques marinos, Tawharanui y Mimiwhatangata, que están regulados por una legislación diferente, y el rea Marina Protegida de las Islas Sugar Loaf. Entre los promotores de los proyectos de reservas encontramos a científicos de departamentos universitarios, grupos maories, comunidades, la Federación de Pescadores Comerciales, el Departamento de Conservación y grupos conservacionistas.

Por lo general, estos espacios son áreas de veda establecidos con propósitos científicos, en el contexto de la Ley de Reservas Marinas. Su creación, sin embargo, estuvo en muchos casos motivada por un deseo de conservación de áreas representativas del mar, de sus hábitats y sus especies, zonas en las que la gente pudiera visitar y observar los peces y la vida acuática en su estado original. En el extranjero se considera que "Las reservas marinas de Nueva Zelanda proporcionan un modelo internacional para la protección de áreas marinas críticas", según la afirmación de Groundswell en "A Newsletter on Marine Reserves".

En realidad, solamente está protegido un escaso cuatro por ciento del mar territorial (hasta las 12 millas náuticas) y, si quitásemos la Reserva Kerdamec, habría menos que un 1% de territorio protegido en reservas marinas. La meta inmediata es un área de un 10%. En los ecosistemas terrestres, la necesidad de conservación es una idea ya muy bien arraigada: Casi un tercio del territorio de Nueva Zelanda está protegido en parques naturales y reservas. Aún así, esto no parece ser suficiente para preservar la singularidad del paisaje neozelandés. Los ecosistemas marinos son incluso más complejos y por esta razón la urgencia de medidas adecuadas es aún más apremiante.

A los neozelandeses les gusta pescar y recolectar alimentos del mar con fines comerciales o sencillamente para su propio consumo. Esto conlleva que prácticamente toda la línea de la costa sea explotada o lo haya sido hasta fechas recientes. No nos debe extrañar, pues, que la creación de las reservas marinas suscite polémica, a pesar de que varios submarinistas hayan señalado ya la recuperación, algunas veces espectacular, de la vida acuática en ellas. Algunas de las reservas, como por ejemplo la de Leigh, justo al norte de

Auckland, se han convertido en grandes atracciones, donde la gente puede ver espléndidos cardúmenes con sólo chapotear en el agua.

Las ventajas que comportan las reservas están siendo reconocidas de forma cada vez más amplia, más aún al ser reiteradas por los resultados de diversas investigaciones científicas que indican un aumento de peces inesperado. Ahora hay 20 veces más langostas y 12 veces más meros en las reservas que fuera de ellas. Dado que las reservas marinas pueden contribuir positivamente a la regeneración de las áreas locales, para que tengan un efecto a nivel nacional es necesaria la creación de una red de reservas representativas en el aspecto biogeográfico y ecológico. En esta red deberían estar representados todos los tipos de ecosistemas presentes en el territorio, desde las costas más abruptas y rocosas, hasta las más llanas, como estuarios, manglares y marismas.

En el Golfo de Hauraki, en la zona que se encuentra precisamente enfrente de Auckland y que colinda con la región más densamente poblada de Nueva Zelanda, se está empezando a definir el perfil de esta nueva red de reservas desde el punto de vista teórico y práctico. Los científicos se han servido de criterios físicos y biológicos para determinar cuáles serán las pautas a seguir en la selección de las áreas que conformarán la red. Estas zonas deberán incluir ecosistemas marinos representativos y, al mismo tiempo, únicos. Con el objeto de explicar estas pautas, el profesor Bill Ballantine, científico y principal promotor del proyecto, compara la red de reservas con la estructura de un arte de arrastre. En este último, la malla es más ancha en la boca y su tamaño se va reduciendo a medida que se acerca al copo, parte de la red que debe soportar una mayor cantidad de pescado. Análogamente, las reservas marinas más alejadas de la costa serían las más extensas pero a la vez las más apartadas, mientras que las más cercanas a la línea de la costa, más rica en diversidad de hábitats y especies, deberían reducir su extensión y simultáneamente incrementar su número.

Lo que es más para para determinadas partes afectadas, Ballantine ha demostrado que si un área tiene una mayor prioridad para un grupo, y si existe un área vecina que también responda a estas pautas, funcionará de igual modo puede también funcionar dentro de la red.

En el Golfo de Hauraki existen en este momento alrededor de unas ocho reservas

marinas o zonas geográficas de especial interés ecológico, además de otras ocho, cuyo proceso de creación se encuentra ya en una fase avanzada. Por ahora, en sólo dos parejas muy alejadas entre sí las reservas están lo suficientemente cerca como para que se puedan crear vínculos biológicos naturales. Aún así, harían falta otras ocho reservas más para que las interacciones sinérgicas predichas hagan posible un efectivo funcionamiento de la red.

No todos los tipos ecológicos y biogeográficos están representados, sobre todo en las áreas más alejadas de la costa. A pesar de lo que se conoce de los recursos pesqueros de las aguas profundas neozelandesas, las iniciativas para reservar ejemplos de los hábitats y de la ecología que los componen aún no son más que un proyecto.

En Australia, sin embargo, científicos y otros grupos centrados en el estudio del pez reloj, gracias a sus investigaciones, su gestión y sus organizaciones conservacionistas, han asegurado que al menos unos cuantos montes marinos de aguas profundas y las diversas comunidades bénticas que albergan (comunidades de habitantes de aguas profundas) no sean objeto de explotación alguna y se conserven intactos. Mientras que los conservacionistas opinan que las reservas son un medio proactivo de contrarrestar la crisis actual en las pesquerías del mundo, no todas las partes implicadas son de la misma opinión. Ejemplo de ello es el Océano Subantártico, donde se han levantado pleitos en contra de la exclusión de una zona de 100 Km alrededor de las Islas Auckland, cuyo principal objetivo consiste en la protección de las áreas de alimentación de los leones de mar Hookers, en peligro de extinción.

Las especies que son ignoradas en el marco de una cultura, bien pueden ser sumamente apreciadas en otra, siendo objeto de una lucrativa comercialización. Hasta no hace tanto tiempo, los neozelandeses no manifestaron nunca ningún interés comercial en el calamar. En la actualidad, una vez la industria se ha expandido para satisfacer determinadas demandas o incluso crear otras nuevas necesidades, la situación ha cambiado radicalmente. A pesar de los esfuerzos de la gestión pesquera, los stocks se están reduciendo, hecho que provoca que el interés de la industria se desvíe hacia otras especies. Mientras las compañías que pescan en los stocks aparentemente menguantes de peces reloj comercializan paralelamente una

cantidad creciente de gallos, especie antes despreciada, muchas de las mismas compañías que pescan calamar en aguas profundas miran con recelo cualquier insinuación de exclusión que afecte la ahora lucrativa pesca de calamar. Incluso las áreas más alejadas de la costa parecen estar totalmente explotadas.

En la mayoría de las aguas costeras sólo es necesaria la creación de más reservas marinas sino que es más difícil crearlas sin que el mercado laboral y las fuentes de ingresos de la población resulten perjudicados. La industria pesquera ha apoyado en teoría la idea de las reservas marinas, y en un par de casos incluso las ha solicitado con éxito. Sin embargo, en la práctica se ha opuesto a la mayoría de proyectos presentados. Aún así, mediante el asesoramiento y la negociación existe una esperanza de que el número de reservas establecidas será suficiente y que los pescadores más afectados a corto plazo serán, a largo plazo, los más beneficiados de la regeneración de los recursos. Mientras que las reservas más antiguas van recuperando su estado virgen, y las más nuevas inician el proceso de integrarse en una red, aumenta el detalle de nuestra comprensión de sus especies, su dinámica y sus interrelaciones. Empezamos ahora ya a acumular el conocimiento y la experiencia necesarios para contrarrestar los muchos y diversos peligros que acechan al océano.

Pesquerías complejas

Averiguar si los mismos razonamientos y procesos están dando tan buen resultado en Nueva Zelanda, también podrían ser aplicados en otras zonas pesqueras incluso más complejas desde un punto de vista biológico y social, como lo son las situadas en el mundo tropical en vías de desarrollo, es una cuestión que debe ser investigada por los expertos en estas zonas. Una sugerencia sería que las comunidades crearan áreas de desove y de cría, como un diezmo. Esto supondría, ciertamente, un sacrificio inmediato, pero también les ofrecería la posibilidad de un beneficio potencial a largo plazo en una superficie mucho más extensa. §

Este artículo ha sido escrito por Leith Duncan, un consultor pesquero, residente en Nueva Zelanda